

[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ANÓNIMO

# Cantar de Mio Cid

punto de lectura



Título: Cantar de Mio Cid

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2259-1

Depósito legal: B-1.794-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Txomin Arrieta

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ANÓNIMO

Cantar de Mio Cid





Cantar primero

Destierro del Cid

EL REY ALFONSO ENVÍA AL CID PARA COBRAR  
LAS PARIAS DEL REY MORO DE SEVILLA. ÉSTE  
ES ATACADO POR EL CONDE CASTELLANO  
GARCÍA ORDÓÑEZ. — EL CID, AMPARANDO  
AL MORO VASALLO DEL REY DE  
CASTILLA, VENCE A GARCÍA ORDÓÑEZ EN  
CABRA Y LE PRENDE AFRENTOSAMENTE. —  
EL CID TORNA A CASTILLA CON LAS PARIAS,  
PERO SUS ENEMIGOS LE INDISPONEN CON EL  
REY. — ÉSTE DESTIERRA AL CID

Envió el rey don Alfonso a Ruy Díaz mio Çid por las parias que le avían a dar los reyes de Córdova e de Sevilla cada año. Almutamiz rey de Sevilla e Almudafar rey de Granada eran a aquella sazón muy enemigos e queríanse mal de muerte. E eran entonçes con Almudafar rey de Granada estos ricos omnes que le ayudavan: el conde don García Ordóñez, e Fortún Sánchez el yerno del rey don García de Navarra, e Lope Sánchez... e cada uno destos ricos omnes con su poder ayudavan a Almudafar, e fueron sobre Almutamiz rey de Sevilla.

Ruy Díaz Çid, quando sopo que assí venían sobre el rey de Sevilla que era vasallo e pechero del rey don Alfón su señor, tóvolo por mal e pesóle mucho: e enbio a todos sus cartas de ruego, que non quisiessen venir contra el rey de Sevilla nin destruirle su tierra, por el debdo que avían con el rey don Alfonso [ca si ende al quisiessen fazer, supiessen que non podría estar el rey don Alfonso que non ayudasse a su vasallo, pues su pechero era]. El rey de Granada e los ricos omnes non presçiaron nada sus cartas del Çid e fueron todos muchos esforçadamente

(EL REY ALFONSO ENVÍA AL CID PARA  
COBRAR LAS PARIAS DEL REY MORO DE  
SEVILLA. ÉSTE ES ATACADO POR EL CONDE  
CASTELLANO GARCÍA ORDÓÑEZ. — EL CID,  
AMPARANDO AL MORO VASALLO DEL REY DE  
CASTILLA, VENCE A GARCÍA ORDÓÑEZ EN  
CABRA Y LE PRENDE AFRENTOSAMENTE. —  
EL CID TORNA A CASTILLA CON LAS PARIAS,  
PERO SUS ENEMIGOS LE INDISPONEN  
CON EL REY. — ÉSTE DESTIERRA AL CID)

Envió el rey don Alfonso a Ruy Díaz mío Cid por las parias que le tenían que dar los reyes de Córdoba y de Sevilla, cada año. Almutamiz, rey de Sevilla, y Almodáfar, rey de Granada; eran a la sazón tan enemigos que se odiaban a muerte. Y estaban entonces con Almodáfar, rey de Granada, unos ricos hombres que le ayudaban: el conde García Ordóñez y Fortún Sánchez, el yerno del rey don García de Navarra y Lope Sánchez... y cada uno de estos ricos hombres ayudaba con su poder a Almodáfar, y todos fueron contra Almutamiz, rey de Sevilla,

Ruy Díaz el Cid, cuando supo que así venían contra el rey de Sevilla, que era vasallo y pechero del rey don Alfonso, su señor, túvolo a mal y mucho le pesó, y envió a todos cartas de ruego para que no fuesen contra el rey de Sevilla ni le destruyeran sus tierras por la obligación que tenían con el rey don Alfonso (y si, a pesar de todo, así lo quisieren hacer, supiesen que no podía estar el rey don Alfonso sin ayudar a su vasallo, pues que su pechero era). El rey de Granada y los ricos hombres no hicieron caso alguno a las cartas del Cid, y fueron todos esforzadamente

e destruyeron al rey de Sevilla toda a tierra, fasta el castillo de Cabra.

Quando aquéllo vio Ruy Díaz Çid [tomó todo el poder que pudo aver de cristianos e de moros, e fue contra el rey de Granada, por le sacar de la tierra del rey de Sevilla. E el rey de Granada e os ricos omnes que con él eran, quando sopieron que en aquella guisa iva, enviaronle dezir que non le saldrían de la tierra por él. Ruy Díaz Çid quando aquello oyó, tovo que non le estaría bien si los non fuese cometer, e] fue a ellos, e lidió con ellos en campo, e duróles la batalla desde ora de terçia fasta ora de medio día, e fue grande la mortandaz que y ovo de moros e de cristianos de la parte del rey de Granada, e venciólos el Çid e fizolos fuir del canpo. E priso el Çid en esta batalla al conde don Garçía Ordóñez [e mesóle una pieça de la barba]... e a otros cavalleros muchos, e tanta de la otra gente que non avie cuenta, e tóvolos el Çid presos tres días, desí quitólos a todos. Quando el los ovo presos, mandó a los suyos coger los averes e las riquezas que fincaban en el canpo, desí tornósse el Çid con toda su conpañia e con todas sus riquezas para Almutamiz rey de Sevilla, [e dio a él a todos sus moros quanto conosçieron que era suyo, e aún de lo al quanto quisieron tomar. E de allí adelante llamaron moros e cristianos a éste Ruy Díaz de Bivar el Çid Campeador, que quiere dezir batallador.]

Almutamiz dióle entonces muchos buenos dones e las parias por que fuera... E tornósse el Çid con todas sus parias para el rey don Alfonso su señor. [El rey resçibióle muy bien, e plógole mucho con él e fue muy pagado de quanto allá fiziera.] Por esto le ovieron muchos enbidia e buscáronle mucho mal e mezcláronle con el rey...

y destruyeron al rey de Sevilla todas sus tierras hasta el castillo de Cabra.

Cuando aquello vió Ruy Díaz el Cid, reunió todas las fuerzas que pudo encontrar de cristianos y de moros, y fue contra el rey de Granada para expulsarle de las tierras del de Sevilla. Y el rey de Granada y los ricos hombres que con él estaban, cuando supieron que de tal manera iba, enviáronle a decir que no saldrían de la tierra porque él lo mandase. Ruy Díaz, cuando aquello vió, estimó que no estaría bien el no ir a acometerlos, y fue contra ellos, y luchó con ellos en el campo, durando la batalla desde la hora de tercia hasta el mediodía, y fue grande la mortandad que hubo de moros y de cristianos de la parte del rey de Granada, y venciólos el Cid y los hizo huir del campo. Y en esta batalla apresó el Cid al conde don García Ordóñez, a quien arrancó un mechón de la barba... y a otros muchos caballeros y a tanta gente que no podría contarse; y túvolos el Cid presos tres días y luego los soltó a todos. Cuando los hubo preso mandó a los suyos recoger los bienes y las riquezas que quedaran en el campo, y luego tornóse el Cid con toda su compañía y con todas sus riquezas en busca de Almutamiz, rey de Sevilla, para darle a él y a todos sus moros cuanto reconocieron que era suyo, y aún cuanto quisieran tomar de lo demás. Y desde allí en adelante llamaron moros y cristianos a este Ruy Díaz de Vivar el Cid Campeador, que quiere decir batallador.

Almutamiz dióle entonces muy buenos regalos y las parias que había ido a cobrar... Y volvióse el Cid con todas sus parias en busca del rey don Alfonso, su señor. El rey recibióle muy bien y mucho le plugo, y se puso muy contento de cuanto allá hiciera el Cid. Por esto le tuvieron mucha envidia y le buscaron mucho daño, enemistándole con el rey...

El rey commo estava muy sañudo e mucho irado contra él, crevólos luego... [e enbio luego dezir al Çid por sus cartas que le saliesse de todo el regno. El Çid después que ovo leídas las cartas, commo quier que ende oviessse grand pesar, non quiso y al fazer, ca non avía de plazo más de nueve días en que salliesse de todo el reyno.]

El rey como estaba sañudo y muy airado con él, les dió crédito... y le envió luego a decir al Cid por carta que saliese de todo el reino. El Cid, después que hubo leído la carta, como quiera que desde entonces tuviera gran pesar, no quiso hacer otra cosa porque no tenía de plazo sino nueve días para salir de todo el reino.

EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS; ÉSTOS SE  
DESTIERRAN CON ÉL. ADIÓS DEL CID A VIVAR

[Enbió por sus parientes e sus vasallos, e díxoles cómo el rey le mandava salir de toda su tierra, e que le non dava de plazo más de nueve días, e que quería saber dellos cuáles querían ir con él o cuáles fincar.]

»E los que conmigo fuéredes de Dios ayades buen grado,  
»E los que acá fincáredes quiérome ir vuestro pagado.»

Entonçes fabló Alvar Fáñez su primo cormano:  
«convusco iremos, Çid, — por yermos e por poblados,  
»ca nunca vos falleremos — en quanto seamos sanos  
»convusco despenderemos — las mulas e los cavallos  
»e los averes e los paños  
»siempre vos serviremos — como leales vasallos.»

Entonçe otorgaron todos — quanto dixo don Alvaro;  
mucho gradesçio mio Cid — quanto allí fue razonado...

Mio Cid movió de Bivar — pora Burgos adeliñado,  
assí dexa sus palacios — yermos e desheredados.  
De los sos ojos — tan fuertemente llorando,  
tornava la cabeça — i estávalos catando.  
Vio puertas abiertas — e uços sin cañados,  
alcándaras vázias — sin pieles e sin mantos  
e sin falcones — e sin adtores mudados.  
Sospiró mio Çid, — ca mucho avié grandes cuidados,  
Fabló mio Çid — bien e tan mesurado:  
«¡grado a ti, señor padre, — que estás en alto!  
»Esto me an buolto — mios enemigos malos.»

(EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS: ÉSTOS SE  
DESTIERRAN CON ÉL. ADIÓS DEL CID A VIVAR)

Envió por sus parientes y vasallos, y díjoles cómo el rey le mandaba salir de todas sus tierras, no dándole de plazo más que nueve días, y que quería saber de ellos quiénes querían ir con él y quiénes querían quedarse.

«Y los que conmigo vengan, — de Dios reciban buen pago, y aquellos que aquí quedasen — quiero contentos dejarlos».

Entonces habló Alvar Fáñez, — que era del Cid hermano:

«Con vos nos iremos, Cid, — por yermos y por poblados; nunca os abandonaremos — en tanto que estemos sanos, y con vos emplearemos — nuestras mulas y caballos y toda nuestra fortuna — y nuestros trajes de paño; siempre os hemos de servir — como leales vasallos.»

Su aprobación dieron todos — a cuanto dijo Don Álvaro.

Mucho agradeció mío Cid — cuanto allí fuera acordado...

El Cid salió de Vivar, a Burgos va encaminado, allá dejó sus palacios — yermos y desheredados.

De sus ojos mío Cid, — va tristemente llorando, volvía atrás la cabeza — y se quedaba mirándolos.

Miró las puertas abiertas, — los postigos sin candados, las alcándaras vacías — sin pellizones ni mantos, sin los halcones de caza — ni los azores mudados.

Suspiré entonces mío Cid, — de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, — tan justo y tan mesurado:

«¡Loado seas, Señor, — Padre que estás en lo alto!

Todo esto me han urdido — mis enemigos malvados.»

## AGÜEROS EN EL CAMINO DE BURGOS

Allí pienssan de aguijar, — allí sueltan las riendas,  
 A la exida de Bivar, — ovieron la corneja diestra,  
 e entrando a Burgos — oviéronla siniestra.  
 Meçió mio Çid los ombros — y engrameó la tiesta:  
 «¡Albricia, Alvar Fáñez, — ca echados somos de tierra!  
 »mas a grand ondra — tornaremos a Castiella.»

## EL CID ENTRA EN BURGOS

Mio Çid Roy Díaz, — por Burgos entróve.  
 En sue conpañã — sessaenta pendones:  
 exien lo veer — mugieres e varones,  
 burgeses e burgesas, — por las finiestras sone,  
 plorando de los ojos, — tanto avien el dolore.  
 De las sus bocas — todos dizian una razón:  
 «¡Dios, que buen vasallo, — si oviessse buen señore!»

## (AGÜEROS EN EL CAMINO DE BURGOS)

Ya aguijaban los caballos, — ya les soltaban las riendas.  
Cuando de Vivar salieron — vieron la corneja diestra,  
y cuando entraron en Burgos — la vieron a la siniestra.  
Movi6 mío Cid los hombres — y sacudió la cabeza:  
«¡Albricias, dijo, Alvar Fáñez, — que de Castilla nos echan,  
mas a gran honra algún día — tornaremos a esta tierra!».

## (EL CID ENTRA EN BURGOS)

Mío Cid Rodrigo Díaz — en Burgos, la villa, entró;  
hasta sesenta pendones — llevaba el Campeador;  
salían a verle todos, — la mujer como el varón;  
a las ventanas la gente — burgalesa se asomó  
con lágrimas en los ojos — ¡que tal era su dolor!  
Todas las bocas honradas — decían esta razón:  
«¡Oh Dios y qué buen vasallo, — si tuviese buen señor!».

NADIE HOSPEDA AL CID. — SÓLO UNA NIÑA  
LE DIRIGE LA PALABRA PARA MANDARLE  
ALEJARSE. — EL CID SE VE OBLIGADO A  
ACAMPAR FUERA DE LA POBLACIÓN,  
EN LA GLERA

Conbidar le ien de grado, — mas ninguno non osava:  
el rey don Alfonsso — tanto avie le grand saña.  
Antes de la noche — en Burgos dél entró su carta,  
con grand recabdo — e fuertemiente seellada:  
que a mio Çid Roy Díaz — que nadi nol diessen posada,  
e aquel que gela diesse — sopiesse vera palabra  
que perderie los averes — e más los ojos de la cara,  
e aun demás — los cuerpos e las almas.  
Grande duelo avien — las yentes cristianas;  
ascóndense de mio Çid, — ca nol osan dezir nada.

El Campeador — a deliñó a su posada;  
así como llegó a la puorta, — fallóla bien çerrada  
por miedo del rey Alfons, — que assí lo pararan:  
que si non la quebrantás, — que non gelaabriessen por nada.  
Los de mio Çid — a altas voces llaman  
los de dentro — non les querién tornar palabra.  
Aguijó mio Çid, — a la puerta se llegaua,  
sacó el pie del estribera, — una feridal dava;  
non se abre la puerta, — ca bien era çerrada.

Una niña de nuef años — a ojo se parava:  
«¡Ya Campeador, — en buena çinxiestes espada!  
»El rey lo ha vedado, — anoch dél entró su carta,  
»con grant recabdo — e fuertemiente seellada.

(NADIE HOSPEDA AL CID. — SÓLO UNA NIÑA  
LE DIRIGE LA PALABRA PARA MANDARLE  
ALEJARSE. — EL CID SE VE OBLIGADO A  
ACAMPAR FUERA DE LA POBLACIÓN,  
EN LA GLERA)

De grado le albergarían, — mas ninguno se arriesgaba:  
que el rey don Alfonso al Cid — le tenía grande saña.  
Antes de la noche, a Burgos — llegó aquella real carta  
con severas prevenciones — y fuertemente sellada,  
que a mío Cid Ruy Díaz — nadie le diese posada,  
y si alguno se la diese — supiera qué le esperaba;  
que perdería sus bienes — y los ojos de la cara,  
y que además perdería — salvación de cuerpo y alma.  
Gran dolor tenían todos — aquellas gentes cristianas;  
se escondían de mío Cid, — no osaban decirle nada.

El Campeador, entonces, — se dirigió a su posada  
así que llegó a la puerta, — encontrósela cerrada;  
por temor al rey Alfonso — acordaron el cerrarla,  
tal que si no la rompiesen, — no se abriría por nada.  
Los que van con mío Cid — con grandes voces llamaban,  
mas los que dentro vivían — no respondían palabra.  
Aguijó, entonces, mío Cid, — hasta la puerta llegaba;  
sacó el pie de la estribera — y en la puerta golpeaba,  
mas no se abría la puerta — que estaba muy bien cerrada.

Una niña de nueve años — frente a mío Cid se para:  
«Cid Campeador, que en buena — hora ceñisteis la espada,  
sabad que el rey lo ha vedado, — anoche llegó su carta  
con severas prevenciones — y fuertemente sellada.

»Non vos osariemos — abrir nin coger por nada;  
»si non, perderiemos — los averes e las casas,  
»e aun demás — los ojos de las caras.  
»Çid, en el nuestro mal — vos non ganades nada;  
»mas el Criador vos vala — con todas sus virtudes santas.»  
Esto la niña dixo — e tornós pora su casa.  
Ya lo vede el Çid — que del rey non avie graçia.  
Partió dela puerta, — por Burgos aguijaua,  
llegó a Santa María, — luego descavalga,  
finçó los inojos, — de coraçón rogava.  
la oraçión fecha, — luego cabalgaba;  
salió por la puerta — e Arlançón passava.  
Cabo Burgos essa villa — en la glera posava,  
fincava la tienda — e luego descavalgava.  
Mio Çid Roy Díaz, — el que en buena çinxo espada,  
posó en la glera — quando nol coge nadi en casa;  
derredor dél — una buena conpañia.  
Assí posó mio Cid — commo si fosse en montaña.  
Vedada l'an compra — dentro en Burgos la casa  
de todas cosas — quantas son de vianda;  
nol osarien vender — al menos dinarada.

5

MARTÍN ANTOLÍNEZ VIENE DE BURGOS  
A PROVEER DE VÍVERES AL CID

Martín Antolínez, — el Burgalés conplido,  
a mio Çid e a los sos — abátales de pan e de vino;  
non lo compra, — ca él se lo avie consigo;

No nos atrevemos a — daros asilo por nada,  
porque si no perderíamos — nuestras haciendas y casas,  
y hasta podía costarnos — los ojos de nuestras caras.  
¡Oh buen Cid!, en nuestro mal — no habíais de ganar nada;  
que el Creador os proteja, — Cid, con sus virtudes santas.»  
Esto la niña le dijo — y se volvió hacia su casa.  
Ya vio el Cid que de su rey — no podía esperar gracia.  
Partió de la puerta, entonces, — por la ciudad aguijaba,  
llega hasta Santa María, — y a su puerta descabalga;  
las rodillas hincó en tierra — y de corazón rezaba.  
Cuando acaba su oración, — de nuevo mío Cid cabalga,  
salió luego por la puerta — y el río Arlanzón cruzaba.  
Junto a Burgos, esa villa, — en el arenal acampa,  
manda colocar la tienda — y luego allí descabalga.  
Mío Cid Rodrigo Díaz, — que en buen hora ciñó espada,  
en el arenal posó, — nadie le acogió en su casa;  
pero en torno de él hay mucha — gente que le acompañaba.  
Así acampó mío Cid — como si fuese en montaña.  
También ha vedado el rey — que en Burgos le vendan nada  
de todas aquellas cosas — que puedan ser de vianda;  
nadie osaría venderle — ni aún una dinerada.

5

(MARTÍN ANTOLÍNEZ VIENE DE BURGOS  
A PROVEER DE VÍVERES AL CID)

El buen Martín Antolínez, — el burgalés más cumplido,  
a mío Cid y a los suyos — les provee de pan y vino:  
no lo compró, porque era — de cuanto llevó consigo:

de todo conducho — bien los ovo bastidos.  
Pagós mio Çid — el Campeador conplido  
e todos los otros — que van a so çervicio.

Fabló Martín Antolínez, — odredes lo que a dicho:  
«¡Ya Canpeador, — en buen ora fostes naçido!  
»esta noch yagamos — e vayámosnos al matino,  
»ca acusado seré — de lo que vos he seruido,  
»en ira del rey Alffons — yo seré metido.  
»Si con vusco — escapo sano o bivo,  
»aun çerca o tarde el rey — querer m'a por amigo:  
»si non, quanto dexo — no lo preçio un figo.»

6

EL CID, EMPOBRECIDO, ACUDE A  
LA ASTUCIA DE MARTÍN ANTOLÍNEZ.  
LAS ARCAS DE ARENA

Fabló mio Çid, — el que en buen ora çinxo espada:  
«¡Martín Antolínez, — sodes ardida lança!  
»si yo vibo, — doblar vos he la soldada.  
»Espeso e el oro — e toda la plata,  
»bien lo veedes — que yo no trayo nada,  
»huebos me serié — pora toda mi compañía;  
»fer lo he amidos, — de grado non avrié nada.  
»Con vuestro consejo — bastir quiero dos arcas:  
»inchámoslas d'arena, — ca bien serán pesadas,  
»cubiertas de guadalmeçí, — e bien enclaveadas.»

así de todo condumio — bien los hubo abastecido.  
Agradeciólo mío Cid, — el Campeador cumplido  
y todos los otros que — van del Cid a su servicio.

Habló Martín Antolínez, — oiréis lo que hubo dicho:  
«¡Oh mío Cid Campeador, — en buena hora nacido!  
Esta noche reposemos — para emprender el camino,  
porque acusado seré — de lo que a vos he servido,  
y en la cólera del rey — Alfonso estará incluido.  
Si con vos logro escapar — de esta tierra sano y vivo,  
el rey, más pronto o más tarde, — me ha de querer por amigo;  
si no, cuanto dejó aquí — no me ha de importar ni un higo.»

6

(EL CID, EMPOBRECIDO, ACUDE A  
LA ASTUCIA DE MARTÍN ANTOLÍNEZ.  
LAS ARCAS DE ARENA)

Habló entonces mío Cid, — el que en buena ciñó espada:  
«¡Martín Antolínez, vos — que tenéis ardida lanza,  
si yo vivo he de doblaros, — mientras pueda, la soldada!  
Gastado ya tengo ahora — todo mi oro y mi plata:  
bien lo véis, buen caballero, — que ya no me queda nada;  
necesidad de ello tengo — para quienes me acompañan;  
a la fuerza he de buscarlo — si a buenas no logro nada.  
Con vuestro consejo, pues, — quiero construir dos arcas;  
las llenaremos de arena — para que sean pesadas,  
de guadalmecí cubiertas — y muy bien claveteadas.»

LAS ARCAS DESTINADAS  
PARA OBTENER DINERO  
DE DOS JUDÍOS BURGALESES

«Los guadamecís vermejos — e los clavos bien dorados.  
»Por Raquel e Vidas — vayádesme privado:  
»quando en Burgos me vedaron compra — y el rey me a ayrado,  
»non puedo traer el aver — ca mucho es pesado,  
»enpeñar gelo he — por lo que fore guisado;  
»de noche lo lieven, — que non lo vean cristianos.  
»Véalo el Criador — con todos los sos santos,  
»yo más non puedo — e amidos lo fago.»

MARTÍN ANTOLÍNEZ  
VUELVE A BURGOS  
EN BUSCA DE LOS JUDÍOS

Martín Antolínez — non lo detardava  
passó por Burgos, — al castiello entrava,  
por Raquel e Vidas — apriessa demandava.

7

(LAS ARCAS DESTINADAS  
PARA OBTENER DINERO  
DE DOS JUDÍOS BURGALÉSES)

«Los guadalmequés rojos — y los clavos bien dorados.  
Buscad a Raquel y Vidas, — decidles que me han privado  
el poder comprar en Burgos, — y que el rey me ha desterrado,  
y que llevarme mis bienes — no puedo pues son pesados;  
y empeñárselos quisiera — por lo que fuese acordado;  
que se los lleven de noche — y no los vean cristianos.  
Que me juzgue el Creador — junto con todos sus santos,  
que otra cosa hacer no puedo, — y esto por fuerza lo hago.»

8

(MARTÍN ANTOLÍNEZ  
VUELVE A BURGOS  
EN BUSCA DE LOS JUDÍOS)

En cumplirlo así, Martín — Antolínez no se tarda;  
atravesó toda Burgos — y en la judería entraba,  
y por Raquel y por Vidas — con gran prisa preguntaba.

25

TRATO DE MARTÍN ANTOLÍNEZ CON LOS  
JUDÍOS. — ÉSTOS VAN A LA TIENDA DEL CID.—  
CARGAN CON LAS ARCAS DE ARENA

Raquel e Vidas — en uno estaban amos,  
en cuenta de sus averes, — de los que avien ganados.  
Llegó Martín Antolínez — a guisa de menbrado:  
«¿O sodes, Raquel e Vidas, — los mios amigos caros?  
»En poridad — fablar querría con amos.»  
Non lo detardan, — todos tres se apartaron.  
«Raquel e Vidas, — amos me dat las manos,  
»que non me descubrades — a moros nin a cristianos;  
»por siempre vos faré ricos, — que non seades menguados.  
»El Campeador — por las parias fo entrado,  
»grandes averes priso — e mucho sobejanos,  
»retovo dellos — quento que fo algo;  
»por en vino a aquesto — por que fo acusado.  
»Tiene dos arcas — llennas de oro esmerado.  
»Ya lo veedes — que el rey le a ayrado.  
»Dexado ha heredades — e casas e palacios.  
»Aquellas non las puede levar, — sinon, serié ventado:  
»el Campeador — dexar las ha en vuestra mano,  
»e prestalde de aver, — lo que sea guisado.  
»Prended las arcas — e meterlas en vuestro salvo:  
»con grand jura — meted i las fedes amos,  
»que non las catedes — en todo aqueste año.»  
Raquel e Vidas — seiense consejando:  
«Nos huevos avemos — en todo de ganar algo.  
»Bien lo sabemos — que él algo a gañado,

(TRATO DE MARTÍN ANTOLÍNEZ CON LOS  
JUDÍOS. — ÉSTOS VAN A LA TIENDA DEL CID.—  
CARGAN CON LAS ARCAS DE ARENA)

Raquel y Vidas, los dos — juntos estaban entrambos,  
ocupados en contar, — cuanto llevaban ganado.  
Llegó Martín Antolínez — y así les dijo, taimado:  
«¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, — mis buenos amigos caros?  
En secreto ahora quisiera — a los dos juntos hablaros.»  
No le hicieron esperar, — los tres juntos se apartaron.  
«Raquel y Vidas, amigos — buenos, dadme vuestras manos,  
no me descubráis jamás, — ni a nadie habéis de contarlo.  
Para siempre os haré ricos, — y nada habrá de faltaros.  
El Campeador, mío Cid, — por las parias fue enviado  
y trajo tantas riquezas — para sí que le han sobrado,  
y sólo quiso quedarse — con lo que valía algo;  
por esto es por lo que ahora — algunos le han acusado.  
Tiene dos arcas repletas — del oro más esmerado.  
Ya sabéis que el rey Alfonso — del reino le ha desterrado.  
Deja aquí sus heredades, — sus casas y sus palacios.  
Las arcas llevar no puede, — pues sería denunciado,  
y quiere el Campeador — dejarlas en vuestras manos  
para que le déis por ellas — algún dinero prestado.  
Tomad las arcas, y luego — llevadlas a buen recaudo;  
más antes de ello, sabed — que habéis de jurar entrambos  
que no las habéis de abrir — durante todo este año.»  
Entre sí, Raquel y Vidas — de esta manera se hablaron;  
«Necesidades tenemos — en todo de ganar algo.  
Bien sabemos que mío Cid — por las parias fue enviado

»quando a tierra de moros entró, — que grant aver a sacado;  
 »non duerme sin sospecha — qui aver trae monedado.  
 »Estas arcas, — prendámoslas amos;  
 »en logar las metamos — que no sea ventado.  
     »Mas dezidnos del Çid, — de qué será pagado,  
 »o qué ganancia nos dará — por todo aqueste año?»  
 Respuso Martín Antolínez — a guisa de menbrado:  
 «myo Çid querrá, — lo que ssea aguisado;  
 »pedir vos a poco — por dexar so aver en salvo.  
 »Acógensele omnes — de todas partes menguados,  
 »a menester — seyçientos marcos.»  
 Dixo Raquel e Vidas: — «dar gelos hemos de grado.»  
 «Ya vedes que entra la noch, — el Çid es pressurado  
 »huebos avemos — que nos dedes los marcos.»  
 Dixo Raquel e Vidas: — «non se faze assí el mercado,  
 »sinon primero prendiendo — e después dando.»  
 Dixo Martín Antolínez: — «yo desso me pago.  
 »Amos tred — al Campeador contado,  
 »e nos vos ayudaremos, — que assí es aguisado,  
 »por aducir las arcas — e meterlas en vuestro salvo,  
 »que non lo sepan — moros ni cristianos.»  
 Dixo Raquel e Vidas: — «nos desto nos pagamos.  
 »Las archas aduchas, — prendet seyeyçientos marcos.»  
     Martín Antolínez — caualgó privado  
 con Raquel e Vidas, — de voluntad e de grado.  
 Non viene a la puent, — ca por el agua a passado,  
 que gelo non ventassen — de Burgos omne nado.  
     Afévoslos a la tienda — del Campeador contado;  
 assí commo entraron, — al Çid besáronle las manos.  
 Sonrrisós mio Çid, — estávalos fablando:  
 «¡ya don Raquel e Vidas, — avédesme olvidado!

y que de tierra de moros — grande riqueza se trajo,  
y no duerme sin sospecha — quien caudal tiene acuñado.  
Estas arcas de mío Cid — las tomaremos para ambos,  
y el tesoro meteremos — donde nadie pueda hallarlo.

Pero decidnos: ¿el Cid — con qué se verá pagado  
o qué interés nos dará — durante todo este año?»  
Así Martín Antolínez — les repuso, muy taimado:  
«Mío Cid ha de querer — lo que aquí sea ajustado;  
poco os ha de pedir por — dejar sus bienes a salvo.  
Muchos hombres se le juntan — y todos necesitados  
y para ellos precisa — ahora seiscientos marcos.»  
Dijeron Raquel y Vidas: — «Se los daremos de grado.»  
«Ya veis que llega la noche; — el Cid está ya esperando,  
y necesidad tenemos — que nos entreguéis los marcos.»  
Dijeron Raquel y Vidas: — «No se hacen así los tratos,  
sino primero cogiendo — las prendas y luego, dando.»  
Dijo Martín Antolínez: — «Por mi parte, acepto el trato.  
Venid, pues, y a mío Cid — se lo podréis contar ambos;  
y luego os ayudaremos, — como hemos acordado,  
para acarrear las arcas — hasta ponerlas a salvo,  
y que de ello no se enteren — los moros ni los cristianos.»  
Dijeron Raquel y Vidas: — «Conforme los dos estamos,  
y una vez aquí las arcas, — tendréis los seiscientos marcos.»

Martín Antolínez va — cabalgando apresurado,  
con él van Raquel y Vidas, — y los dos van de buen grado.  
No quieren pasar el puente, — y por el agua pasaron  
para que no les descubra — en Burgos ningún cristiano.

He aquí que a la tienda llegan — del Campeador honrado;  
así como en ella entran, — al Cid le besan las manos.  
Sonrióles mío Cid — y así comenzó a hablarlos:  
«¡Ay don Raquel y don Vidas, — ya me habíais olvidado!

»Ya me exco de tierra, — ca del rey so ayrado.  
»A lo quem semeja, — de lo mio avredes algo;  
»mientra que vivades — non resedes menguados.»  
Raquel e Vidas a mio Cid — besáronle las manos,  
Martín Antolínez — el pleyto a parado,  
que sobre aquellas arcas — dar le ien seysçientos marcos,  
e bien gelas guardarien — fasta cabo del año;  
ca assil dieran la fed — e gelo auien jurado;  
que si antes las catassen — que fossen perjurado,  
non les diesse mio Çid — de ganancia un dinero malo.  
Dixo Martín Antolínez: — «carguen las arcas privado.  
»Levaldas, Raquel e Vidas, — ponedlas en vuestro salvo;  
»yo iré con vusco, — que adugamos los marcos,  
»ca a mover ha mio Çid — ante que cante el gallo.»  
Al cargar de las arcas — veriedes gozo tanto.  
Non las podien poner en somo — maguer eran esforçados.  
Grádanse Raquel e Vidas — con averes monedados,  
ca mientra que visquiessen — refechos eran amos.

10

DESPEDIDA DE LOS JUDÍOS Y EL CID. —  
MARTÍN ANTOLÍNEZ SE VA CON  
LOS JUDÍOS A BURGOS

Raquel a mio Çid — la manol ha pesada:  
«¡Ya Campeador, — en buena cinxiestes espada!  
»de Castiella vos ides — pora las yentes estrañas.  
»Assí es vuestra ventura, — grandes son vuestras ganancias;  
»una piel vermeja — morisca e ondrada,

30

Yo me marcho de esta tierra, — porque el rey me ha desterrado.  
De todo cuanto ganare — habrá de tocaros algo;  
mientras viváis, si yo puedo, — no estaréis necesitados.»  
Raquel y Vidas, al Cid — vuelven a besar las manos.  
Martín Antolínez ya — tiene el negocio ajustado  
de que sobre aquellas arcas — le darán seiscientos marcos  
y que ellos las guardarán — hasta que se acabe el año;  
así ellos lo prometieron — y así habíanlo jurado,  
y si antes las abriesen — perjuros fueran malvados  
y no les diese mío Cid — de intereses ni un ochavo.  
Dijo Martín Antolínez: — «Las arcas pronto llevaos.  
Llevadlas, Raquel y Vidas, — ponedlas a buen recaudo;  
yo con vosotros iré — para traerme los marcos,  
porque ha de partir el Cid — antes de que cante el gallo.»  
Al cargar las arcas, ¡vierais — cómo los dos se alegraron!;  
aunque muy forzudos eran, — con esfuerzo las cargaron.  
Se gozan Raquel y Vidas — en las ganancias pensando,  
ya que en tanto que viviesen — por ricos se tienen ambos.

10

(DESPEDIDA DE LOS JUDÍOS Y EL CID. —  
MARTÍN ANTOLÍNEZ SE VA CON  
LOS JUDÍOS A BURGOS)

Raquel a mío Cid toma — la mano para besarla;  
«¡Oh Campeador, tú que — ceñiste en buen hora espada!  
De Castilla ya os marcháis — hacia donde hay gente extraña.  
Cual grande es vuestra ventura, — sean grandes las ganancias;  
una pelliza bermeja — os pidió de mora traza,

31

Cid, beso vuestra mano — en don que la yo aya.»  
«Plazme», dixo el Çid, — «daquí sea mandada.  
»Si vos la aduxier dallá — si non, contalda sobre las arcas.»  
Raquel e Vidas — las arcas levavan,  
con ellos Martín Antolínez — por Burgos entrava.  
Con todo recabdo — llegan a la posada;  
en medio del palacio — tendieron un almoçalla,  
sobrella una sávana — de rançal e muy blanca.  
A tod el primer golpe — trezientos marcos de plata,  
notólos don Martino, — sin peso los tomava;  
los otros trezientos — en oro gelos pagavan.  
Cinco escuderos tiene don Martino, — a todos los cargava.  
Quando esto ovo fecho, — odredes lo que fablava:  
«ya don Raquel e Vidas, — en vuestras manos son las arcas:  
»yo, que esto vos gané — bien mereçia calças.»

11

### EL CID, PROVISTO DE DINERO POR MARTÍN ANTOLÍNEZ, SE DISPONE A MARCHAR

Entre Raquel e Vidas — aparte ixieron amos:  
«démosle buen don, — ca el no' lo ha buscado,  
»Martín Antolínez, — un Burgalés contado,  
»vos lo mereçedes, — darvos queremos buen dado,  
»de que fagades calças — e rica piel e buen manto.  
»Dámosvo en don — a vos treinta marcos:  
»mereçer no' lo hedes, — ca esto es aguisado:  
»atorgar nos hedes — esto que avernos parado.»  
Gradeçiólo don Martino — e recibió los marcos;

32

¡oh Cid, os beso la mano — que en don ha de regalármela!»  
«Pláceme, dijo mío Cid; — la pelliza os será dada.  
Si desde allá no os la envió, — descontadla de las arcas.»  
Entonces, Raquel y Vidas — las dos arcas se llevaban,  
Martín Antolínez va — con ellos, y a Burgos marchan.  
Así con todo secreto, — llegaron a su morada;  
extendieron una alfombra — en el suelo de la cámara  
y sobre ella una sábana — de tela de hilo muy blanca.  
Por primera vez contó — trescientos marcos de plata,  
contábalos don Martín, — sin pesarlos los tomaba;  
los otros trescientos marcos — en oro se los pagaban.  
Cinco escuderos llevó — y a todos ellos cargaba.  
Cuando esto estuvo hecho, — oiréis lo que les hablaba:  
«Ya en vuestras manos, Raquel — y Vidas, están las arcas;  
yo, que esto os hice ganar, — bien me merezco unas calzas.»

11

(EL CID, PROVISTO DE DINERO POR MARTÍN  
ANTOLÍNEZ, SE DISPONE A MARCHAR)

Entonces Raquel y Vidas — entre sí los dos se hablaron:  
«Debemos darle algún don, — que el negocio él ha buscado.  
Martín Antolínez, dicen, — burgalés bien afamado,  
en verdad lo merecéis — y nos place el obsequiaros  
para que os hagáis las calzas, — rica pelliza y buen manto.  
Os damos en donación — para ello treinta marcos;  
merecido lo tenéis — porque habéis hecho este trato:  
porque sois el fiador — de cuanto aquí hemos pactado.»  
Lo agradeció don Martín — así, y recibió los marcos;

33

gradó exir de la posada — e espidió de amos.  
Exido es de Burgos — e Arlançón, a passado  
vino para la tienda — del que en buen ora nasco.

Reçibiólo el Çid — abiertos amos los braços:  
«¡Venides, Martín Antolínez, — el mio fidel vassallo!  
»¡Aun vea el día — que de mi ayades algo!»  
«Vengo, Campeador — con todo buen recabdo:  
»vos seysçientos — e yo treynta he ganados.  
»Mandad coger la tienda — e vayamos privado,  
»en San Pero de Cardeña — i nos cante el gallo;  
»verernos vuestra mugier, — menbrada fija dalgo.  
»Mesuraremos la posada — e quitaremos el reynado;  
»mucho es huebos, — ca çerca viene el plazdo.»

12

EL CID MONTA A CABALLO Y SE  
DESPIDE DE LA CATEDRAL DE BURGOS,  
PROMETIENDO MIL MISAS AL ALTAR  
DE LA VIRGEN

Estas palabras dichas, — la tienda es cogida.  
Mio Çid e sus conpañas, — cavalgan tan aína.  
La cara del cavallo — tornó a Santa María,  
alçó su mano diestra, — la cara se santigua:  
«A ti lo gradesco, Dios, — que çielo e tierra guías;  
»¡válanme tus vertudes, — gloriosa santa María!  
»D'aquí quito Castiella, — pues que el rey he en ira;  
»non sé si entrará y más — en todos los míos días.  
»Vuestra virtud me vala, — Gloriosa, en mi exida

34

de su casa va a salir — y se despide de ambos.

Una vez salió de Burgos, — el Arlanzón ha pasado  
y se dirige a la tienda — de su señor bienhadado.

Recibióle mío Cid — abiertos entrambos brazos:  
«¡Venís, Martín Antolínez, — mi fiel amigo y vasallo!  
¡Pueda ver el día en que — pueda pagarte con algo!»  
«Vengo, Cid Campeador, — y buenas noticias traigo:  
para vos seiscientos marcos — y yo treinta me he ganado.  
Mandad recoger la tienda — y con toda prisa vámonos,  
que en San Pedro de Cardena — oigamos cantar el gallo;  
veremos a vuestra esposa, — digna y prudente hijadalgo.  
Acortemos vuestra estancia — y de este reino salgamos;  
ello necesario es — porque va a expirar el plazo.»

12

(EL CID MONTA A CABALLO Y SE  
DESPIDE DE LA CATEDRAL DE BURGOS,  
PROMETIENDO MIL MISAS AL ALTAR  
DE LA VIRGEN)

Y dichas estas palabras — la tienda fue recogida.  
Mío Cid y sus vasallos — cabalgan a toda prisa.  
La cara de su caballo — vuelve hacia Santa María,  
alza su mano derecha — y la cara se santigua:  
«¡A Ti lo agradezco Dios, — que el cielo y la tierra guías;  
que me valgan tus auxilios, — gloriosa Santa María!  
Aquí a Castilla abandono, — puesto que el rey me expatría;  
¡Quién sabe si volveré — en los días de mi vida!  
¡Que vuestro favor me valga, — oh Gloriosa, en mi salida

35

»je me ayude e me acorra — de noch e de día!  
»Si vos assí lo fiziéredes — e la ventura me fore complida  
»mando al vuestro altar — buenas donas e ricas;  
»esto he yo en debdo — que faga i cantar mill missas.»

13

### MARTÍN ANTOLÍNEZ SE VUELVE A LA CIUDAD

Spidiós el caboso — de cuer e de veluntad.  
Sueltan las riendas — e pienssan de aguijar.  
Dixo Martín Antolínez, — el Burgalés leal:  
«veré a la mugier — a todo mio solaz,  
»castigar los he — commo abran a far.  
»Si el rey me lo quisiere tomar, — a mí non m'incal.  
»Antes seré convusco — que sol quiera rayar.»

14

### EL CID VA A CARDEÑA A DESPEDIRSE DE SU FAMILIA

Tornavas don Martino a Burgos — e mio Çid aguijó  
pora San Pero de Cardeña — quanto pudo a espolón,  
con estos cavalleros — quel sirven a so sabor.

Apriessa cantan los gallos — e quieren crebar albores,  
quando llegó a San Pero — el buen Campeador;  
el abbat don Sancho, — cristiano del Criador;

36

y que me ayude y socorra — en la noche y en el día!  
Si así lo hicieseis, oh Virgen — y la ventura me auxilia,  
a vuestro altar mandará — mis donaciones más ricas;  
en deuda quedo con Vos — de haceros cantar mil misas.»

13

(MARTÍN ANTOLÍNEZ SE  
VUELVE A LA CIUDAD)

Se despidió aquel varón — cumplido, de voluntad.  
Sueltan las riendas y empiezan — los caballos a aguijar.  
Dijo Martín Antolínez — aquel burgalés leal:  
«Para ver a mi mujer, — me volveré a la ciudad,  
y advertir cómo en el tiempo — de mi ausencia habrán de obrar.  
Si el rey me quita mis bienes, — poco ello me ha de importar.  
Con vosotros estaré — cuando el sol quiera rayar.»

14

(EL CID VA A CARDEÑA  
A DESPEDIRSE DE SU FAMILIA)

Don Martín se torna a Burgos, — y mío Cid se marchó  
a San Pedro de Cardena, — apretando el espolón,  
con los demás caballeros — que sírvenle a su favor.  
Aprisa cantan los gallos — quieren quebrar el albor,  
cuando llegó al Monasterio el buen Cid Campeador,  
estaba el abad don Sancho, — cristiano del Creador,

37

rezaba los matines — abuelta de los albores.  
Y estava doña Ximena — con çinco dueñas de pro,  
rogando a San Pero — e al Criador:  
«Tú que a todos guías, — val a mio Çid el Campeador.»

15

LOS MONJES DE CARDEÑA RECIBEN AL CID.  
— JIMENA Y SUS HIJAS LLEGAN ANTE  
EL DESTERRADO

Llamavan a la puerta — i sopieron el mandado;  
¡Dios, qué alegre fo — el abbat don Sancho!  
Con lumbres e con candelas — al corral dieron salto,  
con tan grant gozo reçiben — al que en buen ora nasco.  
«Gradéscolo a Dios, mio Çid», — dixo el abbat don Sancho;  
«pues que aquí vos veo, — prendet de mí ospedado.»  
Dixo el Çid, el que en buen ora nasco:  
«graçias don abbat, — e so vuestro pagado:  
»yo adobaré conducho — pora mi e pora mios vasallos:  
»mas por que me vo de tierra, — dovos çinquenta marcos,  
»si yo algún día visquero, — seervos han doblados.  
»Non quiero far en el monesterio — un dinero de daño;  
»evades aquí pora doña Ximena — dovos çient marcos;  
»a ella e a sus fijas e a sus dueñas — sirvádeslas est año.  
»Dues fijas dexo niñas — e prendetlas en los braços;  
»aquí vos las acomiendo — a vos, abbat don Sancho;  
»dellas e de mi mugier — fagades todo recabdo.  
»Si essa despenssa vos falleçiere — o vos menguare algo,  
»bien las abastad, — yo assí vos lo mando;

38

rezando ya los maitines — mientras apunta el albor.  
Y estaba doña Jimena, — con cinco damas de pro,  
rogando a San Pedro Apóstol — y al divino Creador:  
«¡Tú, que eres de todos guía, — ampara al Campeador!»

15

(LOS MONJES DE CARDEÑA RECIBEN AL CID.  
— JIMENA Y SUS HIJAS LLEGAN ANTE  
EL DESTERRADO)

Cuando a la puerta llamaran — de la nueva se enteraron;  
¡Dios y qué alegre se puso — aquel buen abad don Sancho!  
Con luces y con candelas — salieron todos al patio,  
y con gran gozo reciben — a mío Cid bienhadado:  
«Gracias a Dios, mío Cid, — dijo así el abad don Sancho;  
pues que al fin os veo bajo, — de mi custodia hospedado.»  
Dijo entonces mío Cid — Campeador, el bienhadado:  
«Gracias a vos; satisfecho — estoy de veros, don Sancho;  
yo prepararé el condumio — para mí y mis vasallos;  
al marcharme de esta tierra — os daré cincuenta marcos,  
si aún vivo más tiempo, — os los he de dar doblados.  
No quiero que el Monasterio — por los míos haga gasto;  
para mi esposa Jimena — hoy os entrego cien marcos;  
a ella como a sus hijas — y damas servid hogaño.  
Dos hijas os dejo niñas, — tomadlas en vuestros brazos  
a vos os las encomiendo — desde ahora, abad don Sancho;  
de ellas y de mi mujer — habréis de tener cuidado.  
Si se acabara el dinero — o necesitaren algo,  
entregadles cuanto pidan, — buen abad, así os lo mando;

39

»por un marco que despendades — al monesterio daré yo quatro.»  
Otorgado gelo avie — el abbat de grado.  
Afevos doña Ximena — con sus fijas do va llegando;  
señas dueñas las traen — e adúcenlas en los braços.  
Ant el Campeador doña Ximena — fincó los inojos amos.  
Llorava de los ojos, — quísol besar las manos:  
«¡Merçed, Campeador, — en ora buena fostes nado!  
»Por malos mestureros — de tierro sodes echado.»

16

JIMENA LAMENTA EL DESAMPARO  
EN QUE QUEDA LA NIÑEZ DE SUS HIJAS. —  
EL CID ESPERA LLEGAR A CASARLAS  
HONRADAMENTE

«¡Merçed, ya Çid, — barba tan complida!  
»Fem ante vos — yo e vuestras ffijas  
»iffantes son — e de días chicas,  
»con aquestas mis dueñas — de quien so yo servida.  
»Yo lo veo — que estades vos en ida  
»e nos de vos — partir nos hemos en vida.  
»¡Dadnos consejo — por amor de santa María!»  
Enclinó las manos — la barba vellida,  
a las sues fijas — en braço las prendía,  
llególas al coraçón, — ca mucho las quería.  
Llora de los ojos, — tan fuerte mientras sospira:  
«Ya doña Ximena, — la mi mugier tan complida  
»comme a la mie alma — yo tanto vos quería.  
»Ya lo veedes — que partir nos emos en vida,

40

por un marco que gastéis — daré al monasterio cuatro.»  
Así lo promete hacer — el abad de muy buen grado.

He aquí que doña Jimena — con sus hijas va llegando:  
sendas damas las traían — recostadas en sus brazos.  
Ante el Cid doña Jimena — hincó sus hinojos ambos,  
con lágrimas en los ojos, — le quiso besar las manos:  
«¡Merced os pido», le dice, — «Campeador bienhadado!  
Por calumnias de malsines — de esta tierra sois echado.»

16

(JIMENA LAMENTA EL DESAMPARO  
EN QUE QUEDA LA NIÑEZ DE SUS HIJAS. —  
EL CID ESPERA LLEGAR A CASARLAS  
HONRADAMENTE)

«¡Merced os pedimos Cid, — el de la barba crecida!  
Heme ahora ante vos — y conmigo vuestras hijas  
de tan poca edad las dos — y tan niñas todavía,  
y con nosotras las damas — por las que somos servidas.  
Ya veo, Campeador, — que vais a emprender la ida  
y habremos de separarnos — los dos aún estando en vida.  
¡Dadnos ya vuestro consejo, — oh Cid, por Santa María!»

Las dos manos alargó — el de la barba bellida  
y cogió con sus dos brazos — con amor a sus dos hijas:  
las acerco al corazón, — porque mucho las quería.  
Con lágrimas en los ojos — muy fuertemente suspira:  
«¡Oh doña Jimena, esposa — tan honrada y tan cumplida,  
a vos os quise, mujer, — igual como al alma mía!  
Ya véis que preciso es — el separarnos en vida;

41

»yo iré y vos — fincaredes remanida.  
»¡Plega a Dios — e a santa María,  
»que aun con mis manos — case estas mis fijas,  
»e quede ventura — y algunos días vida,  
»e vos, mugier ondrada, — de mí seades servida!»

17

UN CENTENAR DE CASTELLANOS  
SE JUNTAN EN BURGOS PARA  
IRSE CON EL CID

Grand yantar le fazen — el buen Canpeador.  
Tañen las campanas — en San Pedro a clamor.  
Por Castiella — odiendo van los pregones,  
commo se va de tierra — mio Çid el Canpeador,  
unos dexan casas — e otros onores.  
En aqués día — a la puent de Arlançón  
çiento quinze cavalleros — todos juntados son;  
todos demandan — por mio Çid el Campeador;  
Martín Antolínez — con ellos' cojó,  
Vansse pora San Pedro — do está el que en buena naçió.

42

yo he de partir, mientras vos — os quedaréis en Castilla.  
¡Plegue a Dios, y así también — le plegue a Santa María,  
que yo case por mis manos, — algún día a nuestras hijas,  
y que para tal ventura — gozar se alarguen mis días,  
vos, mi mujer honrada, — por mí habéis de ser servida!»

17

(UN CENTENAR DE CASTELLANOS  
SE JUNTAN EN BURGOS PARA  
IRSE CON EL CID)

Grande comida le hacen — al buen Cid Campeador.  
Tañen todas las campanas — en San Pedro a gran clamor.  
Por toda Castilla va — extendiéndose el pregón:  
cómo se va de la tierra — mío Cid Campeador:  
unos dejaban sus casas, — los otros su posesión.  
En aquel día en el puente — que hay sobre el río Arlanzón  
ciento quince caballeros — todos reunidos son  
preguntando dónde está — mío Cid Campeador:  
Martín Antolínez, que — vuelve, a ellos se juntó,  
y vanse a San Pedro, donde — está el que en buena nació.

43

LOS CIEN CASTELLANOS LLEGAN A CARDEÑA  
 Y SE HACEN VASALLOS DEL CID. — ÉSTE  
 DISPONE SEGUIR SU CAMINO POR  
 LA MAÑANA— LOS MAITINES EN CARDEÑA. —  
 ORACIÓN DE JIMENA. — ADIÓS DEL CID A SU  
 FAMILIA. — ÚLTIMOS ENCARGOS AL ABAD DE  
 CARDEÑA. — EL CID CAMINA AL DESTIERRO;  
 HACE NOCHE DESPUÉS DE PASAR EL DUERO

Quando lo sopo — mio Çid el de Bivar,  
 quel creçe conpañã, — por que más valdrã  
 apriessa cavalga, — reçeibir los sale;  
 dont a ojo los ovo, — tornós a sonrisar;  
 lléganle todos, — la manol ban besar,  
 Fabló mio Çid — de toda voluntad:  
 «yo ruego a Dios — e al Padre spirital,  
 »vos, que por mí dexades — casas e heredades,  
 »enantes que yo muera — algún bien vos pueda far;  
 »lo que perdedes — doblado vos lo cobrar.»  
 Plogo a mio Çid, — por que creçió en la yantar,  
 plogo a los otros omnes todos — quantos con él están.

Los seys días de plazdo — pasados los an,  
 tres an por troçir, — sepades que non más.  
 Mandó el rey — a mio Çid aguardar,  
 que, si después del plazo — en su tierral pudies tomar,  
 por oro nin por plata — non podríe escapar.  
 El día es exido, — la noch queríe entrar,  
 a sos cavalleros — mandólos todos juntar:  
 «¡Oid, varones, — non vos caya en pesar;

(LOS CIEN CASTELLANOS LLEGAN A CARDEÑA  
Y SE HACEN VASALLOS DEL CID. — ÉSTE  
DISPONE SEGUIR SU CAMINO POR  
LA MAÑANA. — LOS MAITINES EN CARDEÑA. —  
ORACIÓN DE JIMENA. — ADIÓS DEL CID A SU  
FAMILIA. — ÚLTIMOS ENCARGOS AL ABAD DE  
CARDEÑA. — EL CID CAMINA AL DESTIERRO;  
HACE NOCHE DESPUÉS DE PASAR EL DUERO)

Cuando supo mío Cid — Campeador el de Vivar  
cuál crece su compañía — de guerreros más y más,  
cabalgando muy de prisa, — a recibirlos se va:  
volvió a sonreír el Cid — cuando ante su vista están;  
todos llegan, y las manos — del Cid se van a besar.  
Habló entonces mío Cid — con su mejor voluntad:  
«Yo ruego a nuestro Señor — y Padre espiritual,  
que a los que por mí dejáis — las casas y la heredad,  
antes que yo muera, un día — os pueda recompensar;  
y cuanto hoy perdéis, doblado — un día podáis cobrar.»  
Plugó a mío Cid el ver — sus mesnadas aumentar  
plugo a todos los otros — que al destierro con él van.

Del plazo acordado, seis — días han pasado ya,  
tres días sólo les quedan — para el plazo terminar.  
Mandó el rey a mío Cid — Campeador vigilar,  
y que si, pasado el plazo, — aún en sus tierras está,  
ni por oro ni por plata — le dejasen escapar.  
El día ya va saliendo, — la noche quería entrar,  
y a sus buenos caballeros — el Cid los mandó juntar:  
«Oíd», les dice, «varones, — esto no os cause pesar;

»poco aver trayo, — dar vos quiero vuestra part.  
»Seed membrados — commo lo devedes far:  
»a la mañana, — quando los gallos cantarán,  
»non vos tardedes, — mandedes ensellar;  
»en San Pero a matines — tendrá el buen abbat,  
»la missa nos dirá, — de santa Trinidad;  
»la missa dicha, — penssemos de cavalgar,  
»ca el plazo viene açerca, — mucho avemos de andar.»  
Quomo lo mandó mio Çid, — assí lo an todos ha far.  
Passando va la noch — viniendo la man;  
a los mediados gallos — pienssan de ensellar.

Tañen a matines — a una priessa tan grande;  
mio Çid e su mugier — a la eglesia vane  
Echós doña Ximena — en los grados delantel altare,  
rogando al Criador — quanto ella mejor sabe,  
que a mio Çid el Campeador — que Dios le curiás de male:  
«Ya señor glorioso, — padre que en çielo estase,  
»fezist çielo e tierra — el terçere el mare;  
»fezist estrellas e luna — y el Sol para escalentare;  
»prisist encarnación — en santa María madre,  
»en Belleem apareçist, — commo fo tu veluntade;  
»pastores te glorificaron, — ouieron te a laudare,  
»tres reyes de Arabia — te vinieron adorare,  
»Melchior — e Caspar e Baltasare,  
»oro e tus e mirra — te offrecieron de veluntade;  
»salvest a Jonás, — quando cayó en la mare  
»salvest a Daniel — con sus leones en la mala cárçel,  
»salvest dentro en Roma — a señor san Sebastián,  
»salvest a santa Susanna — del falso criminal;  
»por tierra andidiste treynta y dos años, — Señor spirital,  
»mostrando los miraclos, — por en avernos qué fablar:

poco tengo, pero quiero — a todos su parte dar.  
Tened muy presente, pues, — lo que ahora os voy a mandar:  
tan pronto como amanezca — y el gallo quiera cantar,  
no os retraséis y mandad — los caballos ensillar:  
en San Pedro a los maitines — el buen abad tocará,  
y la misa dirá luego — de la Santa Trinidad;  
y una vez la misa dicha, — habremos de cabalgar  
porque el plazo ya se acerca — y mucho hay que caminar.»  
Como lo mandó mío Cid, — sus vasallos cumplirán.  
Pasando se va la noche, — viene la mañana ya;  
cuando los segundos gallos — cantan, pónense a ensillar.

Tañe apresuradamente — a maitines el abad;  
Mío Cid y su mujer — hacia la iglesia se van.  
Echóse doña Jimena — en las gradas del altar,  
rogándole al Creador — lo mejor que sabe y más,  
para que al Campeador — le guarde el Señor de mal:  
«A Ti, mi Señor glorioso, — Padre que en el cielo estás,  
que hiciste el cielo y la tierra — y el día tercero el mar;  
las estrellas y la luna — y el sol para calentar,  
y te encarnaste en el seno — de una Madre virginal,  
y que naciste en Belén, — según fue tu voluntad,  
donde te glorificaron — pastores en su cantar,  
y tres reyes de la Arabia — te vinieron a adorar,  
que se llamaron Melchor — y Gaspar y Baltasar,  
para ofrecerte oro y mirra — con toda su voluntad:  
Tú que a Jonás lo salvaste — cuando se cayó en el mar,  
y a Daniel de los leones — también quisiste salvar,  
salvaste allá en Roma, — lo mismo a San Sebastián,  
salvaste a Santa Susana — del falsario criminal,  
y por la tierra quisiste — treinta y dos años andar  
mostrándonos tus milagros — que tanto dieron que hablar:

»del agua fezist vino — e de la piedra pan,  
»resuçitest a Lázaro, — ca fo tu voluntad;  
»a los judios te dexeste prender; — do dizen monte Calvarie  
»pusiéronte en cruz — por nombre en Golgotá;  
»dos ladrones contigo, — estos de señas partes,  
»el uno es en paradiso, — ca el otro no entró allá;  
»estando en la cruz, — virtud fezist muy grant:  
»Longinos era çiego, — que nunca vido alguandre,  
»diot con la lança en el costado, — dont yxió la sangre,  
»corrió por el astil ayuso, — las manos se ovo de untar,  
»alçolas arriva, — llególas a la faz,  
»abrió sus ojos, — cató a todas partes,  
»en ti crovo al ora, — por end es salvo de mal;  
»en el monumento — oviste a resuçitar,  
»fust a los infiernos, — commo fo tu voluntad;  
»crebanteste las puertas, — e saqueste los santos padres.  
»Tú eres rey de los reyes, — e de todel mundo padre,  
»a ti adoro e credo — de toda voluntad,  
»e ruego a san Peydro — que me ayude a rogar  
»por mio Çid el Campeador, — que Dios le curie de mal.  
»Quando oy nos partimos, — en vida nos faz juntar.»

La oraçión fecha, — la missa acabada la an,  
salieron de la elesia, — ya quieren cavalgar.  
El Çid a doña Ximena — ívala abraçar;  
doña Ximena al Çid — la manol va besar,  
llorando de los ojos, — que non sabe qué se far.  
E él a las niñas — tornólas a catar:  
«a Dios vos acomiendo — e al Padre spirital  
»agora nos partimos, — Dios sabe el ajuntar.»  
Llorando de los ojos, — que non vidiestes atal,  
assis parten unos d'otros — commo la uña de la carne.

hiciste vino del agua — y de piedra hiciste pan,  
y resucitaste a Lázaro — porque fue tu voluntad  
y por los judíos malos — te dejaste allí apresar  
en el monte, y en el Gólgota — te dejaste crucificar,  
y dos ladrones contigo — en sendas partes están,  
el uno fue al Paraíso, — mas el otro no fue allá;  
y estando en la cruz hiciste — un portento sin igual:  
Longinos, que estaba ciego, — que no vio la luz jamás,  
dió con su lanza en tu pecho — del que sangre hizo brotar  
que por el asta hacia abajo — llegó sus manos a untar  
y alzándolas hacia arriba, — con ella tocó su faz,  
abrió sus ojos y a todas — partes se puso a mirar;  
y en Ti creyó desde entonces — quedando salvo de mal.  
Del sepulcro, a los tres días, — pudiste resucitar:  
descendiste a los infiernos, — como fue tu voluntad,  
y quebrantastes las puertas — para los santos sacar.  
Tú, que eres rey de los reyes — y eres padre universal,  
a Ti adoro y en Ti creo — con toda mi voluntad,  
y ruego a San Pedro Apóstol — que a mí me ayude a implorar  
para que al Cid Campeador — Dios le preserve de mal,  
Y como hoy nos separamos — nos volvamos a juntar.»

La oración, una vez hecha, — la misa acabada está;  
salieron todos del templo; — prepáranse a cabalgar.  
El Cid a doña Jimena — un abrazo le fue a dar,  
y doña Jimena al Cid — la mano le va a besar,  
con lágrimas en los ojos, — que sólo sabe llorar.  
Y él a las niñas, con pena, — tornábalas a mirar:  
«Al Señor os encomiendo — al Padre espiritual  
nos separamos, ¡quién sabe — si nos podremos juntar!»  
Lloraban todos los ojos, — nunca se vió llanto igual  
como la uña de la carne — así apartándose van.

Myo Çid con los sos vassallos — penssó de cavalgar,  
 a todos esperando, — la cabeça tornando va.  
 A tan grand sabor — fabló Minaya Albar Fáñez:  
 «Çid, ¿do son vuestros esfuerços? — en buena  
     [nasquiestes de madre:  
 »pensemos de ir nuestra vía, — esto sea de vagar.  
 »Aun todos estos duelos — en gozo se tornarán:  
 »Dios que nos dió las almas, — consejo nos dará.»  
 Al abbat don Sancho — tornan de castigar.  
 commo sirva a doña Ximena — e a las fijas que ha,  
 e a todas sus dueñas — que con ellas están;  
 bien sepa el abbat — que buen galardón dello predrá.  
 Tornado es don Sancho, — e fabló Albar Fáñez:  
 «Si viéredes yentes venir — por connusco ir, abbat.  
 »dezildes que prendan el rastro — e pienssen de andar.  
 »ca en yermo o en poblado — poder nos han alcançar.»  
 Soltaron las riendas, — pienssan de andar:  
 çerca viene el plazdo — por el reyno quitar.  
 Vino mio Çid yazer — a Spinaz de Can:  
 grandes yentes sele acojen — essa noch de todas partes.  
 Otro día mañana — pienssa de cavalgar.  
 Ixiendos va de tierra — el Campeador leal,  
 de siniestro Sant Estevan, — una buena çipdad,  
 passó por Alcobiella — que de Castiella fin es ya:  
 la calçada de Quinea — ívala traspasar  
 sobre Navas de Palos — el Duero va passar,  
 a la Figueruela — mio Çid iva posar.  
 Vánssele acogiendo — yentes de todas partes.

Mío Cid con sus vasallos — se dispuso a cabalgar:  
cuando a caminar comienza, — la cabeza vuelve atrás.  
A esta sazón, Minaya — Alvar Fáñez quiso hablar:  
«Cid, en buen hora nacido, — ¿vuestro arrojó  
[dónde está?

Pensemos en nuestra marcha, — esto dejémoslo estar.  
Que todos los duelos de hoy — en gozos se tornarán;  
Dios que nos dio las almas, — su remedio nos dará.»

Al abad don Sancho torna — de nuevo a recomendar  
que sirva a doña Jimena — y a sus hijas que allí están,  
como también a las damas — que junto a ellas están;  
y que sepa que por ello — buen galardón obtendrá.  
Cuando tornaba don Sancho, — Alvar Fáñez le fue a hablar:  
«Si veis venir a más gentes — buscádonos, buen abad,  
decid que el rastro nos sigan — y emprendan el caminar,  
porque en yermo o en poblado — bien nos podrán alcanzar.»

Sueltan entonces las riendas — empezando a cabalgar,  
que el plazo para salir — del reino, se acaba ya.  
Mío Cid llegó a la noche — hasta Espinazo de Can.  
Muchas gentes, esa noche, — se le fueron a juntar.

Otro día, de mañana, — comienzan a cabalgar.  
Saliendo va de su tierra — el Campeador leal;  
San Esteban deja a un lado, — aquella buena ciudad,  
pasa por Alcobilla, — que de Castilla es fin ya;  
la calzada de Quinea — íbala ya a traspasar  
por Navapalos, el río — Duero van a atravesar,  
hasta Figueruela donde — mío Cid mandó posar.  
Y de todas partes, gentes — acogiéndosele van.